



Desde que el descubrimiento de los polos se hizo cuestión de puja, como los remates, me dió el corazón que los citados polos podían darse por perdidos, esto es, por hallados; y que su secreto había de ser muy pronto el secreto á voces. Nansen llegó en 1895 al paralelo 86° 19'; el duque de los Abruzos, pocos años después, subió por poderes—esto es, delegando en el capitán Cagni,—unos minutos más arriba; y á poco, el teniente norteamericano Peary anunció que había pasado del paralelo 87° y que detenía el record. Todo quedó así hasta que, hace algunos meses corrió la noticia de que otro teniente, inglés él y llamado Shackleton, había llegado á los 88° y algo más de latitud sur y vuelto la espalda al polo cuando ya lo tenía casi á la vista, porque le pareció que aquel último trecho de mal camino le iba á fatigar mucho; en lo que imitó al nadador aquel que habiendo aceptado una importante apuesta para cruzar un estanque en el invierno, nadó algo más de las dos terceras partes y luego se volvió de igual modo á la orilla, de donde había partido, diciendo que el agua estaba tan fría que había temido constiparse insistiendo en llegar hasta la margen opuesta.

Y véase cómo el amor propio nacional sirve para dar cima á grandes cosas, porque bastó que un inglés llegase á las afueras del polo sur, para que dos norteamericanos se colasen de rondón en el polo norte, es decir, llegaran á los 90° justos y cabales, sintiendo que ya no hubiese más grados que subir.

El primer yanqui, autor más confeso que convicto de la proeza, ha sido el doctor Cook, que, según parece, se marchó al polo con unos esquimales y unos perros, como quien va de caza; luego los esquimales se volvieron atrás menos uno; entre éste y el doctor Cook se fueron comiendo los perros y así llegaron hasta el polo, que no estaba marcado por señal de ninguna especie. Entonces el doctor Cook tuvo una idea luminosa: hizo un agujero en el agua, es decir, en el hielo; metió allí un canuto de cobre con una banderita y un papel escrito, que

probablemente se habrá mojado luego; se sentó al lado fumando un cigarro de hoja y cambiando de sitio varias veces para convencerse de que había puesto los pies y algo más en uno de los extremos del eje terrestre, y luego emprendió la vuelta en compañía de su escudero. No tenían ya un perro para un remedio; la nieve es poco substancial, y Cook pensó en comerse al esquimal, pero éste hubo de confesarle que á él se le había ocurrido la misma idea y los dos se quedaron pensativos y mirándose de reojo. Echaron suertes varias veces, porque ninguno se conformaba con hacer de pato de la boda, ni tenían á mano árbitro á quien oír primero, desairar después y congelar por fin en aquel vasto frigorífico. En suma, no hubo forma de llegar á un acuerdo, hasta que los dos, como inspirados por una musa simbólica, convinieron en roerse por turno la piel con toda la delicadeza posible, quitándose tiras de pellejo sin llegar á la efusión de sangre, como se acostumbra entre amigos ausentes. Como esto, la nieve roja que se encuentra por allá y es muy rica en microbios, alguno que otro liquen, excelente para el pecho y el no lavarse ni á tiros para no privar de viveres al compañero, se dieron una vida de principio hasta que empezaron á encontrar cetáceos, peces de colores, osos descoloridos, renos, algas y demás elementos de un menú en regla. En cuanto al frío, el doctor Cook puede decirse que le sintió un solo momento, porque su apellido le caldeaba satisfactoriamente.

Apenas empezaban los festejos en honor de este héroe, aparece el teniente Peary desde las regiones del sorbete cónico y dice á gritos que el doctor Cook es un embrollón, que no conoce otro polo que el juego del mismo nombre, en que una medianía; que el verdadero descolorido del polo norte es él y nadie más, debiendo mirarse los relatos de su país como una filfa buena para embarrar á niñeras, changadores y demás enciclopedia de la ignorancia. Cook se aferra en lo dicho, y propone al que lo duda que vaya al paraje donde puso el canuto y se convencerá.

Yo les creo á los dos, porque nada cuesta creer á todo el mundo, y es el mejor medio de no hacerse enemigos ni del medio de los Estados Unidos, ni del medio de los insignes polonios, polidrogas, polígrafos ó polillas—ya que de alguno modo se les ha de llamar—se les ha dado mucho crédito, aunque no se les haya abierto ninguno; y ya se ha dispuesto en principio declarar anexo á la gran República todo el casquete polar é implantar en aquellas comarcas la Constitución federal de 1787, con todos sus accidentes y propiedades.

Semejante concesión, á pesar de su importancia, me temo que ha de ser acogida en el polo norte con una frialdad desconcertante. Los témpanos, líquenes y las algas insubstanciales, desgarradas que se crían por allí, son poco sensibles á los honores. Pero eso no impide implantar constituciones donde no se cumple, revela un sentido práctico de primer orden, y si no, que se lo pregunten á nuestro vice ó á cualquier suboficial de corps ó guarda-antón de primera forma su escolta. Para éstos, todo el monte es orégano y cualquier provincia un lugar apropiado para jugar al polo convirtiendo en cricket la vara simbólica de la autoridad nacional, en pelotas de leadas de un lado para otro á los jugadores que se creen capaces de tener ideas propias, y en cabalgaduras á los contribuyentes.

P. D. T.